

F. CARMONA NENCLARES

LAS CIRCUNSTANCIAS DEL FILOSOFAR

I

Gracias a que nuestra existencia es vulnerable a lo más rudo de la vida, a la radical intransparencia del existir, estamos protegidos o despojados, según se quiera, de toda objetividad; o sea, de toda posibilidad de ponerse uno fuera de sí mismo, como objeto de autovisión. Jamás lograremos la generosa y difícil vivencia objetiva. Nuestro sér es nuestro somos. El que ocurra tal vicisitud proviene de que estamos envueltos en músculos, nervios, vísceras, etc. y otros límites y cuidados. Por suerte o por desgracia, así es. Nuestro sér, tiene que realizarse en la condición fácil y egocéntrica de estos hechos. Un manojito cuyo hilo conductor parece inencontrable.

Que la vida y la existencia son, en cada uno de nosotros, indisolubles e inseparables, constituye aquí nuestro punto de partida. El principio y fundamento de lo que sigue. Contamos, pues, con la transparencia de nuestra propia vida, en su capa más superficial, y la intransparencia del existir en que (él, tú, yo,) estamos inscritos. La vida está viviendo, día a día, nuestra existencia: Su constante oleaje cruza por ella, erosionando las orillas; nosotros permanecemos envueltos y arrastrados por la corriente de ese flujo que nos vive conforme a su propia ley; a la suya, no a la nuestra. Cuanto hay de posible e imposible vive en nosotros, sin que podamos sostener que nosotros lo vivi-

mos. Giramos en el constante y tremendo remolino cotidiano tratando de inquirir, sin embargo, la coincidencia, identidad o analogía entre la vida, que nos llega cargada de oscuros presagios e impulsos dotados individualmente de signo contrapuesto, y la existencia íntima, transparente, segura de sí, de su necesidad cristalizada en el sér humano. Ahí en lo último, trátase, en una palabra, de lo único que en realidad es nuéstro, por ser irreductible a objeto. Lo que nunca es "tú". Ni lo es ni lo será.

Tal resulta el perfil de la situación. De la situación y posición. Hemos dejado de vivirnos. Sencillamente. La vida está viviéndonos por su cuenta y riesgo. Acaso seamos una prueba individual, anódina por eso, de que nuestro tiempo representa una frustración del sér humano como tal. En la singularidad del "homo sapiens", resultado de una biografía de mil millones de años, se ha abierto una brecha: la vida y la existencia (aquéllo que veíamos haciendo desde lo único nuestro que hay), enfrentan hoy su irreductible heterogeneidad, confundida en nosotros. El *homo sapiens* siempre se tomó a sí mismo a la manera de una culminación de los siglos; de los siglos y de la especie. Ya no podríamos hacerlo. Tenemos dudas acerca de nuestra necesidad, de nuestra justificación. ¿Dónde encontrarla? Ponerla en Dios abre una pregunta subsecuente sobre la naturaleza de Dios; sostener que existe no prueba su existencia; decir que no existe deja incólume la posibilidad de su existir. En cuanto a la idea del progreso, (seguridad de la permanencia de nuestra especie), constituye un nuevo autropomorfismo, o un "ídolo" al tenor de Bacón, pues sólo podríamos realizarla destruyéndonos, sacrificando el individuo personal actual al impersonal individuo del futuro. Plantea, de consiguiente, la prueba que nadie quiere afrontar. Ella nos afronta.

¿Por qué no añadirlo? Se agrega por sí mismo. Con la palabra progreso, mayestática y cuajada de ilusión, hemos dado al hecho de la muerte, donde aquélla prueba nos afronta, el nombre más elegante e inofensivo; tratando, quizá de ocultarnos que en su impalpable presencia se anuda el móvil auténtico de la vida. El acento, como quien dice, de cada uno de sus instantes. Por rebeldía contra esto, contra la presencia de la muerte en la vida, (pues la vida y la muerte enlazan sus raíces en nosotros), contra el "factum" de que el vivir representa también en cada momento, un triunfo instantáneo sobre la muerte implícita, que avanza sobre nosotros en el momento siguiente, han sido creadas la libertad y la ciencia. Si. (Un momento; vale la pena ir despacio. La libertad surgió con nuestra expulsión del paraíso. Simplemente Dios no la había creado y lo hizo su criatura. La libertad, que

nos asemeja a él, señala nuestro pecado original. "Es" el pecado. Y en cuanto a la ciencia, ¿no significa una "desdivinización" del universo...? Libertad y conocimiento pretenden desalojar la impalpable y concreta presencia de la muerte). Todo lo cual debe mencionarse sin desesperación. Ocurrió cuando nos descubrimos parte de una vida que vive nuestro existir como quiere. Ignorante de nuestro secreto deseo de ordenarla a una rosa de los vientos.

Antes, la vida disimulaba en su floresta cotidiana la zozobra implícita en la existencia. Esta tenía más de presente espléndido que de programa inquietante. Antes. ¿Hubo, en verdad, un antes? ;Difícil cronología!

Es la cronología de nuestro anhelo. Quitamos, pues, el ayer impreciso. Lo que angustia es el ahora; cada ahora de cada instante. La zozobra radica, por la naturaleza misma de la existencia, en el centro del ser, de éste ser que somos, y empapa su totalidad. Sentimos intransparente nuestra existencia y opaco, absolutamente opaco, el resto de las cosas, en especial el universo, ese gran telón de fondo sobre el que la psique dibuja su gratuito arabesco. Pero la vida sí es transparente a sí misma. Transparenta la muerte.

; Ah! si pudiéramos matar la muerte! La muerte es lo que mancha. Vive de nuestra existencia, en incomparable simbiosis; la vive cegando, cercenando, amputando su claro, fulgurante y radical impulso a sobrevivirse en un planeta-cadáver. ;Perpetuar la vida sobre la muerte misma, sobre la tierra! ;Qué otro cosa cabría intentar...? Empero, destruyendo la muerte nos destruiríamos; vivimos porque la muerte existe. No hay más. Entonces, ¿cómo romper el círculo? La filosofía ha sido ensayada para intentarlo. El fracaso del ensayo está a la vista. La filosofía se encuentra excluida de nuestra existencia porque, representando la aventura más extraordinaria emprendida, jamás por nuestra especie, abandonó al hombre. Ahí está su última modalidad: el "existencialismo" o la evasión del hombre del propio ser.

II

Añadiremos, siguiendo la línea de menor resistencia del lenguaje, imperfecta en su ajuste semántico, que la filosofía tiene varias vías de acceso. Conócese al respecto una compleja nomenclatura: nuestra conciencia del propio vivir, inscrito en un trascender; nuestra experiencia de lo que está ahí —las cosas—; la perspectiva de la forma en que, por la confluencia del pasado, presente y futuro nos sentimos implicados en la urdimbre cósmica; la sorpresa de cada momento coti-

diano, autointuido como asombro, perplejidad, angustia... He aquí algunas de las vías mencionadas en la inagotable nomenclatura. Podemos elegir; lo que se elige corrobora lo que se es. Más aún: la vía adoptada condicionará, de la manera más inmejorable nuestra coyuntura de contacto con la Filosofía, el horizonte en que se desenvolverá, dando cuerpo a la promesa encarnada en el saber filosófico. Pues toda vía es, a la vez y en constelación de miembros inseparables, camino, método, plan y promesa. (Bien. Ahora tenemos la oportunidad de rectificar las fórmulas verbales transcritas y, de consiguiente, la actividad que señalan. No hay más que una vía de acceso a la Filosofía: aquella que se abre en uno mismo, precisamente en la desgarradura entre la vida y la existencia. Abismo prometéico y sin promesa. Las otras son, en diversas dosis, los caminos de la erudición. El ayer irreversible).

Hemos dicho, que conste, sin promesa. Expliquémonos. Se trata de la que encarna en el saber filosófico, de lo que ofrece y no cumple. Promesa que muestra lo que promete, pero no lo entrega. La Filosofía falta siempre a la cita que dá: el saber total. Es una cita que nosotros hacemos contando con nosotros mismos nada más; aquéllo que, conforme a nuestra voluntad, iría a salirnos al encuentro no lo hace; lo citado por nuestra cita no acude jamás. En suma: la única lágrima que Zeus ha derramado se llama, quizá, filósofo.

¿Acaso podía ocurrir de otro modo?... La filosofía arroja de sí al existir. Lo deja en vilo. Rompe el cordón umbilical entre vida y existencia, entre lo que crea y lo que recrea. A diferencia del arte, que nos descarga de la tensión acumulada por nuestra vida, (de la que vivimos y la que soñamos), la Filosofía condensa la tensión de nuestro existir. Tensión que carece de coyuntura de descarga; no puede transformarse ni derivarse en otra cosa. Arrojada entre los entes, flexionada entre el sér y las apariencias, que nunca presentan más que una cara, la de las apariencias, a la óptica de la conciencia filosófica, ésta no puede girar sobre sí misma para lograr la visión del retorno. Imposibilidad que arranca del corte mencionado. De lo cual es un fenómeno correlativo el hecho de la imposibilidad del saber total, pues todo saber se encuentra, precisamente, en el trayecto de retorno.

Camino de regreso, elaborado sobre el trayecto de ida, que al recorrerse se hunde bajo el primero. El suelo de la caverna de Platón puede remontarse, pero no puede descenderse; a medida que se asciende desaparece. ¿Acercarse a la Filosofía con sed de saber? Bueno, está bien. Para nosotros el impulso tiene como dinámica la intransparencia del existir individual; el hecho de la existencia en vilo. Situación que nos impide toda perspectiva ajena a ella. En la mitológica aven-

tura de Narciso, curioso de Eco, que encuentra en éste su propia imagen, apresta en parte algo de lo que caracteriza la aventura de la Filosofía. Sólo en parte. Mueve a filosofar la intuición de la totalidad del sér que irrumpe, cegadora, en el intransparente existir. Ya Aristóteles había presentido la fórmula que aquí se insinúa, y a la que damos paso ahora: la meditación filosófica es una meditación del hombre hacia sí mismo. Itinerario de un viaje de regreso, realizado por un impulso de evasión de nuestra propia imagen, de trascender éste sér nuestro, del cual no penetramos sino lo que fué, y además por algo que se nos impone, incluso ignorando a Platón: que éste mando debe ser la semejanza de otro. De otro, ignoto y desesperante en su evidente presencia invisible.

III

A la afirmación, de corte antropomórfico, coetánea de incoercible descubrimiento del sér humano cumplido por la cultura helénica, donde se reconoce la inserción del microcosmos en el macrocosmos y la conexión de la inquebrantable ley individual en la inquebrantable ley cósmica, (enlace que llamamos destino), le falta ahora, observamos, carácter de positividad, de seguridad. Ya no es, ignoramos por qué, un *sí*; es un *no*. Aquélla seguridad cósmica óptica, genuina de la actitud helénica, ha desaparecido. Ahora el macrocosmos se llama galaxia y el microcosmos, enfermedad. Se trata, aquí, en primer término, de la cualidad óptica de éste; además, de su localización astrofísica, como habitante de un planeta secundario en una estrella secundaria, incrustada en un torbellino estelar e intercalada en el desierto cósmico del espacio-tiempo; torbellino y desierto que nunca lograremos ver desde fuera. En suma: nuestra cultura está despojada de seguridad íntima porque nosotros estamos despojados del respaldo cósmico. Consecuencia: las cosas son la medida del hombre. Más concretamente: la medida del hombre la da el continuo tetradimensional llamado espacio-tiempo, multiplicándose el último por un factor numérico dependiente de la velocidad de la luz. La biografía astrofísica del sér humano se reduce a que hemos perdido, sin que sea reparable, jerarquía óptica y cósmica. Jerarquía y seguridad.

Pero traigamos el problema más a mano. Nuestra organización sensorial no ha cambiado entre Ptolomeo, Copérnico y Einstein. Indudablemente. La vida se hace transparente en nuestro existir, sea o no comprensible, inteligible, esa transparencia. La ciencia de lo psíquico tiene ahí su objetivo: en lograr la inteligencia de eso que, de nosotros

mismos, transparece en nuestra organización sensorial y en nuestra conducta. Cuando cristaliza lo llamaremos forma de vida. Esta, en cambio, carece ya de incardinación astrofísica. El nexos último entre cultura y cosmos ha desaparecido. Preguntamos ahora por el sentido del sér humano y del universo (cosa que los griegos no hicieron), precisamente porque la astrofísica ha despojado, al universo y al sér humano, de sentido. Si lo inquirimos es porque no lo tenemos. Nuestra organización sensorial no ha cambiado, ni como intuición y emoción, ni como tendencia y pasión; pero nuestra imagen del mundo no guarda correspondencia con ella. He ahí el origen de nuestra soledad y desesperación contemporáneas. Formamos parte del problema que tratamos de resolver.

En este momento, mientras se escribe, con la desazón de un impulso expresivo que los vocablos donde se vierte no logran absorber, dejamos de percibir si la claridad del pensamiento se comunica con la claridad del pensar; dicho de otro modo, si hay adecuación y continuidad entre lo pensado y lo escrito. ¡Quién sabe! Hemos venido a parar en lo siguiente: las circunstancias del filosofar ponen de manifiesto, siempre, la relación en que nos hacemos presente, partiendo de nosotros mismos, la conexión de cosmos y cultura. Conexión de donde toma sentido cuanto existe; alimenta nuestra inseguridad, matiza nuestra conciencia, encarna la trascendencia del existir y mueve (cuando la conexión se ha escindido, como ahora ocurre), al empleo de narcóticos, —la filosofía “pura”, la poesía “pura”, etc. Omitimos por cortesía, aquéllos donde la estirpe de vicio solitario es más evidente. Quedábamos satisfechos, tiempos atrás, afirmando que hacemos metafísica porque existe la muerte, más justo sería decir: es la muerte, la escisión de cosmos y cultura, quien, en nuestra existencia, se transparenta como metafísica.

Cualquier circunstancia de nuestra vida puede ser circunstancia filosófica, válida para penetrar en nuestro existir, para averiguar por qué la vida es transparente y el existir sólo transparece la muerte. (La muerte, esa gran traición). Cierto. Cualquiera. Pero vendrá dada, por la fuerza misma de las cosas, en el horizonte del corte actual entre vida y existencia, cosmos y cultura; luégo la circunsancia de que se trate será, precisamente, circunstancia de eso: del corte entre lo cósmico y lo óntico. Y, repetimos, desde la astrofísica actual el corte es irreparable. Estamos solos; nuestro sér está atravesado por la flecha de la muerte.